

## PREVIOUSLY ON

**Política renacentista televisada. Las relaciones internacionales en *Los Tudors***

Ángela Bermúdez Enríquez

*Ese es el peso que me ha derribado. ¡Oh Cromwell! El rey me ha vuelto la espalda. Ha perdido para siempre toda mi gloria por esa mujer. Ningún sol anunciará ya mis dignidades ni dorará las nubes de cortesanos que codiciaban mis sonrisas. ¡Anda, apártate de mí, Cromwell; soy un pobre hombre caído, indigno ahora de ser tu dueño!*  
*Wolsey*  
*Enrique VIII*  
*Acto tercero, escena segunda*

**Historia televisada para un nuevo público**

Si el éxito de la serie televisiva en general no ha hecho más que crecer en las últimas décadas gracias en gran medida a las producciones americanas y a la nueva edad dorada que viven, las series dramáticas, con una calidad notoria, han pasado a ocupar un puesto referencial en cuanto a ficción televisiva dentro de este universo. Numerosos ejemplos confirman el nuevo impulso que ha elevado el drama a una nueva categoría artística, caso de la más que premiada *Mad Men* (HBO, 2007-2010), de *Dexter* (Showtime, 2006-2010) o de *El ala oeste de la Casa Blanca* (NBC, 1999-2006), todas ellas series de reconocido éxito y prestigio.

Este renacimiento en los últimos años de la ficción dramática ha obedecido a diversos factores, impulsados en cierta medida por el nuevo concepto creativo de la cadena estadounidense HBO y asimilado rápidamente por algunas de las grandes empresas televisivas. Una apuesta por la calidad narrativa y estética y un formato diseñado para un espectador fiel a la trama, se han convertido por tanto en parte de la receta de éxito de estas producciones: “El drama televisivo ha vivido un notable desarrollo que se ha traducido en un número muy elevado de programas de calidad cada vez más arriesgados y satisfactorios a nivel narrativo, estilístico y temático” (Cascajosa, 2006:25).

Por otra parte, la recuperación del gusto común por la trama histórica, ha llevado a las nuevas series basadas en personajes o acontecimientos reales a ganar espacio a otro tipo de producciones, hasta alcanzar una pequeña parcela propia, tras algunos años de escasas obras de ficción de dicha naturaleza. El auge reciente que ha experimentado dicho género pasa por un nuevo enfoque mucho más realista de la historia y por la preocupación de sus creadores en ofrecer una versión menos *light* de los hechos retratados, y por tanto, un retrato mucho más crudo y menos idealizado, como sucede en el caso de *Roma* (HBO/BBC, 2005-2007) o la miniserie *John Adams* (HBO, 2008).

Estas series, que reivindican el sexo y la violencia y los convierten en parte intrínseca de la trama, se han visto favorecidas por este nuevo enfoque “sin paños calientes” de los acontecimientos históricos, obteniendo un repunte importantísimo en cuanto a materia de audiencia. Este intento de absoluta fidelidad por los acontecimientos, ha tocado de igual forma, aunque en algunas de

las producciones más que en las otras, el resto de detalles de la obra de ficción, encontrándonos en el caso de *John Adams*, con un protagonista entrado en peso, de baja estatura, que envejece mal y con una dentadura que finalizará completamente ennegrecida por la costumbre, común en la época, de mascar tabaco. Unas características estéticas que pueden provocar desagrado en el espectador al encontrar a un personaje de tal importancia para la trama caracterizado de dicha forma.

Estos tabúes son tratados, junto con el de la muerte, en la serie de Showtime, *Los Tudors* (*The Tudors* 2007-2010), que no duda en hacer partícipe al espectador de cuantiosas escenas de sexo y violencia, y que en cambio, nos acerca a un Enrique VIII rejuvenecido y embellecido por la exigencia de la idealización actual en cuanto a la apariencia física. El interés por el renacentista monarca inglés, retratado en más de una ocasión tanto para la gran como para la pequeña pantalla, ha favorecido indiscutiblemente el acercamiento del espectador, no sólo a la personalidad controvertida de un rey que no dudó en romper las relaciones que lo unían a la Iglesia de Roma, sino también, a una idea general de la política y las relaciones de poder en la Europa del siglo XVI.

A pesar de esta aproximación general bastante realista de *Los Tudors* a un convulso período histórico marcado por la ruptura de la unidad de la fe que había unido hasta ese momento al Viejo Continente y que había corrido como la pólvora tras la reforma de Lutero, el trato otorgado a los diversos personajes se aleja en ocasiones de la perspectiva real de la época, para enfrentarlos a un público actual que acepta mejor la implicación en la trama cuando ésta se nutre por ejemplo, de mujeres y hombres que presumen de gran atractivo físico desde lo que la sociedad de hoy considera estético y bello.

Por otra parte, en la ficción de Showtime, las intrigas políticas palaciegas propias de todas las monarquías absolutas que vendrían a continuación en Europa, así como las diferentes tramas amorosas, aparecen tratadas en profundidad, ocupando en numerosas ocasiones espacios que con toda certeza se correspondieron en mayor medida con acciones directas en cuanto a la política de la época y al establecimiento de relaciones con el resto de países relevantes en el siglo XVI, así como, a las alianzas que entre ellos pudiesen haberse promovido.

La serie, que parece partir exactamente del mismo punto en el que da comienzo la obra de Shakespeare que lleva por título el propio nombre del monarca, retratará por tanto a un Enrique Tudor cuya vida no ha dejado de ser objeto de interés para la sociedad occidental. Las consecuencias de su política internacional, acaecidas por la naturaleza soberbia de esa puntera realza que atisbaba el verdadero alcance de su poder, han perdurado hasta la actualidad en Inglaterra, que aún mantiene a su monarca como cabeza de la Iglesia Anglicana, y en el imaginario de toda Europa, que no pierde jamás el interés en la historia ya lo considere un déspota guiado por sus pasiones carnales o un príncipe renacentista que propició algunas de las grandes reformas del continente.

Es precisamente ese deseo por conocer los detalles de su personalidad y de su vida íntima, lo que ha conducido a varias productoras desde el siglo XX a intentar acercar el personaje al público adaptándose a los gustos concretos de cada momento, como es el caso de *Las seis esposas de Enrique VIII* (1970), una serie de seis episodios en el que cada una de las partes se dedica a una de las seis esposas que tuvo el monarca.

La revisión que *Los Tudors* hace del rey inglés demuestra como con ingenio puede conseguirse que se siga con sumo interés una trama basada en una narración con eje político, que se observa especialmente a partir de la tercera y la cuarta temporada de la serie y que dejando en un segundo plano la vida amorosa del monarca (especialmente presente en las dos primeras temporadas de la ficción), se aferran a un guión mucho más obstinado en mostrar los acontecimientos políticos del período histórico.

### **El rey de la polémica. Mujeres, crudeza y despotismo**

Enrique VIII de Inglaterra se ha convertido probablemente en uno de los reyes europeos más conocidos de la actualidad. Una vida amorosa agitada, la obsesión por tener un hijo varón y un carácter marcado por el nuevo homocentrismo del pensamiento renacentista, convirtieron a un rey con una dinastía aún sin asentar tras la Guerra de las Dos Rosas, en uno de los impulsores del lugar privilegiado que ocupa hoy Gran Bretaña en el mundo, y en el responsable de la conversión de toda una Nación a una nueva religión apartada del catolicismo de Roma, con el propio monarca como cabeza visible de ésta:

The origins of Henry's Reformation lay in the perennial problem of the succession to the throne. In the fifteenth century political chaos and civil war devastated England as the result of a series of disputed successions; Henry VIII was the first king of England to inherit the crown peacefully since the infant Henry VI in 1422 (Stater, 2002:96).

La cultura política inglesa evolucionó enormemente desde el final de la guerra civil hasta la muerte de Enrique VIII en 1547, tal y cómo pasaría en el resto del mundo en la primera mitad del siglo XVI, donde la concepción medieval del buen gobierno dio paso, gracias a la influencia del humanismo, a una nueva imagen de lo que debía ser un rey renacentista, completamente alejado de hábitos anteriores y con el acceso a un poder como jamás se había visto en la historia. Esta transformación sentará las bases para los sistemas de gobierno que regirán Europa durante buena parte de los siglos venideros, y basará sus acciones en la voluntad absoluta de un monarca: “La théorie du droit divin des rois et l'idéologie impériale qui voulait que le roi fût empereur en son royaume, donc indépendance de tout autre pouvoir, ont été adaptées à un monarque qui venait de se proclamer chef de son Église » (Lebecq, 2007:352).

Será precisamente esa ambición de Enrique VIII por asegurarse de que su voluntad se realizase siempre en los territorios que administraba, una habilidad que más tarde heredará su hija Isabel, y que caracterizará a los soberanos ingleses del siglo XVI. La ambición por el poder absoluto

convertirá la persona de Enrique Tudor en una figura referente de su tiempo y de enorme interés para los siglos venideros en una amplia gama de sentidos.

Parece indiscutible el hecho de que el carácter del monarca inglés, que lo llevó a pasar por el altar en seis ocasiones y a repudiar o decapitar a sus esposas, se ha convertido por sí mismo, al margen de las relaciones políticas y tratados internacionales que llevase a cabo durante su reinado, en jugoso material para historiadores, artistas y directores cinematográficos, quienes han sabido dar buena cuenta de las desventuras amorosas del que es considerado en Inglaterra como uno de los reyes más importantes de su historia.

El interés en las consecuencias de la conducta voluble del rey en materia del afecto que llegó a sentir (y después a olvidar) por las mujeres que convirtió en sus reinas, va por tanto mucho más allá de los rumores surgidos en las cortes europeas de la época o del favoritismo que el propio monarca pudo prestar a unas familias u otras en la corte según la estirpe de la que descendiese su nueva reina. Estas decisiones del rey en función de su propio interés, presentan un enorme interés aún hoy en la actualidad, ya que determinaron, y en cierta medida lo siguen haciendo, las políticas religiosas y relacionales del Reino Unido y del resto de Europa.

Es a partir de la década de 1520, cuando las políticas reales se centralizarán en la anulación del matrimonio del rey con Catalina de Aragón, hija de los Reyes Católicos, y como consecuencia de ello, con la ruptura con Roma. El cardenal Wolsey, que durante la primera temporada de la serie *Los Tudors* ocupará un papel protagonista bajo la figura del actor Sam Neill, organizará entonces la política externa de Inglaterra con este nuevo fin conforme al deseo del rey, que ya anhelaba desesperadamente casarse con Ana Bolena. Este nuevo posicionamiento de Enrique VIII, que hasta entonces había sido considerado por toda la sociedad de la época como un ferviente defensor de Roma, cambiará definitivamente la historia de Inglaterra y la situará a partir de entonces, como un ente independiente.

El rey irá por tanto alejándose inevitablemente de la Iglesia Católica para adaptar la Nueva Reforma a Inglaterra, una Reforma que, si bien conocidos personajes influyentes del período como Cromwell o la propia sexta esposa de Enrique, Catalina Parr, un convencido luterano y una ferviente calvinista respectivamente, verán como un paso decisivo a la hora de implantar una completa reforma en el país, terminará no siendo más que una religión prácticamente idéntica a la católica con la excepción de la carencia de poder del obispo de Roma sobre ella: “The King, Henry VIII (1509-1547), was one of the most fervent Catholic monarchs in Europe, and in 1521 had been awarded the title ‘Defender of The Faith’ by the pope for writing a book that denounced Lutheran teaching” (Rosman, 1996:22).

Por otra parte, el enorme problema que supuso la imposición del rey para que se anulase su matrimonio con Catalina, fue tratado por numerosos autores y eruditos de la época, que desde diferentes partes de Europa alzaron su pluma para tratar el divorcio del monarca, auspiciados

en cierta medida por la demanda del rey a los obispos que habían jurado guardarle obediencia por encima de la que debían al Papa, y que produjo irremisiblemente una respuesta por parte del resto de eclesiásticos, atemorizados por el avance de las ideas luteranas también en Inglaterra. Tratados como el de Fray Luis de Carvajal *Tratado de vero matrimonio regum Angliae* (1531): (Manchón, 2004:532), intentarán demostrar por tanto la validez del matrimonio, que será finalmente roto en mayo de 1533 por Thomas Cranmer zanjándose definitivamente la cuestión y dando paso al cisma anglicano.

La diplomacia de Enrique VIII estuvo por tanto sumida en los años 1530 bajo las consecuencias religiosas de la anulación de su matrimonio con Catalina de Aragón, que en *Los Tudors*, salvo por leves imprecisiones históricas, se trata con bastante afinidad a los hechos reales. Precisamente será a consecuencia de la separación de Roma y a causa del deseo de convertir a toda una población tradicionalmente católica en reformista, por lo que Enrique VIII permitirá el saqueo a los monasterios y firmará la orden de disolución de una innumerable cantidad de reducidos conventos y lugares de culto, en un intento por demostrar la corrupción de la Iglesia de Roma y asegurarse la fidelidad de todos los miembros conversos de la nueva Iglesia.

Esta forma de actuar, heredada de su padre, fundador de la dinastía Tudor, según la cual se recompensaba generosamente a los adeptos y se imponía rigurosos castigos a los opositores, coincide temporalmente con el breve reinado de Ana Bolena como esposa del monarca inglés, y será tratada aún superficialmente en la segunda temporada de *Los Tudors*, cuyo interés real en hacer girar la producción sobre un eje político, no se reflejará hasta el paso de la segunda reina por el cadalso.

La rebelión que recibió el nombre de “La Peregrinación de Gracia” que se abre paso al inicio de la tercera temporada de la serie, marcará un nuevo ritmo en la ficción, que comenzará a centrarse en los importantes asuntos políticos que vendrán a perturbar la paz, que en el fondo Enrique VIII tanto despreciaba, y que condicionó su carácter desde la juventud: “Henry VIII, saw himself as a warrior king. In his early years, he devoted most of his energy to the highly competitive international relations of the period, a form of conspicuous display and dynastic pride rather than national interest” (Black, 2003:102).

La Peregrinación de Gracia, cuyas causas principales fueron una serie de agravios económicos contra la nobleza del norte, el total desacuerdo con el comportamiento del rey en relación a Catalina de Aragón, a quienes los súbditos nortehños consideraban la única y verdadera soberana y la afrenta contra la Iglesia por la confiscación de los bienes y la contrariedad que suponía para sus costumbres la nueva religión del estado, no sólo supuso para Enrique VIII una enorme molestia, sino que pretendió ser utilizada desde Roma para destronar a un monarca que había demostrado, una vez muerta Catalina, no tener ninguna intención de volver bajo los brazos de la Iglesia Católica.

La cruenta represión contra los líderes de la rebelión, tras un nuevo levantamiento debido al

incumplimiento de la palabra del rey, permitió sofocar definitivamente el levantamiento. El Duque de Norfolk, y no Charles Brandon, Duque de Suffolk, fue el encargado de las negociaciones y más tarde de la represión contra Robert Aske y el resto de líderes sentenciados a morir por traicionar al rey. Este tipo de intercambio de personajes en los acontecimientos históricos se dará también en otros momentos de Los Tudors, como la unión de las dos hermanas de Enrique VIII, María y Margarita, en una sola mujer, o la trágica muerte por suicidio de Wolsey mientras este se encuentra en prisión y que realmente le llegó de forma natural mientras se dirigía a Londres a dar respuesta por los cargos de traición recibidos.

Finalmente, la Peregrinación de Gracia, a pesar de haber sido disuelta, influyó poderosamente en el respeto al hábito de recibir los sacramentos en la redacción del libro del obispo en 1537, el documento que marcaría el fin de la doctrina oficial hacia el protestantismo y convertiría el Anglicanismo, muy a pesar de Cromwell, en un catolicismo con sede en Londres: "The dissolution of the monasteries was very unpopular. Despite individual abuses, they still played a major role in the spiritual life of the population and were important in local economics" (Black, 2003:104).

Será la actitud del rey y no tanto las decisiones tomadas en sí misma, lo que se terminará convirtiendo en el principal problema de la corona inglesa, especialmente a raíz de su separación con la Iglesia de Roma y más tarde con la represión contra La Peregrinación de Gracia, ya que su propio convencimiento sobre el derecho por nacimiento a regentar un poder absoluto, lo llevó en ocasiones a provocar en su pueblo cambios drásticos y traumáticos para los que la población inglesa no se hallaba en absoluto preparada:

El segundo de los Tudor no se amilanó ante obstáculos morales, pero con una soberbia inagotable le llevó a negligir las coartadas que hubiesen aminorado el impacto emocional de los abusos, repudios desaires o sentencias sumarísimas ejecutadas sobre sus seis esposas y sus dos herederas, a las que su mismo padre ilegitimizó, aunque luego corrigiese aquella humillación que devaluaba a la carne de su carne en el mercado de los pactos por la vía de los casorios (Lanero Fernández, 2009:200).

Esta creencia en su absoluto poder, recibido directamente de Dios, lo justificará ante sí mismo respecto a la validez de sus matrimonios con Catalina y Ana, que sólo le habían dado hijas, María e Isabel Tudor respectivamente, y que por tanto, debían ser enlaces no válidos y no deseados por el propio Dios. Enrique VIII, que sentaría efectivamente con su ruptura religiosa las bases de lo que serían a partir de ese momento las monarquías europeas hasta bien entrado el siglo XIX, no dejaba de responder hasta cierto punto a las consecuencias lógicas del humanismo, que descansaba de nuevo sobre el hombre, y que partía de la base de la existencia de líderes a los que se debía respeto y amor.

Su despotismo, en cierta forma no era más que el resultado lógico de su propia educación y de las características especiales de su carácter, que no dejaron de tentar al mundo de la época con

medidas, que resultaban en numerosas ocasiones, incomprensibles para la sociedad: « En fait, la situation a évolué au fur et à mesure que le jeune prince athlétique, séduisant, cultivé et pieux céda la place à un monarque vieillissant, égoïste, suspicieux et violent » (Lebecq, 2007:351).

### **Política principesca televisada**

Desde el arranque de la serie *Los Tudors*, aproximadamente hacia 1520, año en el que se celebró el encuentro diplomático entre Francisco I y Enrique VIII conocido como el *Campo de Tela de Oro*, el monarca inglés mostrará algunas de las características personales que históricamente se le han atribuido. Enrique Tudor, que ansiaba desde el inicio de su reinado intervenir en los acontecimientos importantes europeos, ya fuese a través de la guerra o de la diplomacia, verá como a pesar de los numerosos tratados, rupturas de compromisos y reconciliaciones entre los principales agentes de poder del momento, no tendrá que enfrentarse a ningún suceso real.

Enrique VIII, que aparece como el prometedor príncipe que la mayoría de la sociedad creyó que sería, comienza pronto a dar muestras de un carácter egoísta, que en opinión de algunos historiadores, obedecía a una mezcla de soberbia y cierto complejo de inferioridad, que lo inducía, con demasiada frecuencia, a intentar demostrar su valor ante terceros. Estas características de su personalidad, bien reflejadas en la ficción, marcarán decididamente algunas de las políticas más importantes del período, que obedecerán casi exclusivamente a la mezcla formada por los deseos momentáneos del monarca y por la idea que no dejaba de acudir a su pensamiento acerca de la creación de un príncipe perfecto en su propia persona: “His character was fascinating, threatening, and sometimes morbid. His egoism, self righteousness, and capacity to brood sprang from the fusion of an able but second-rate mind with what looks suspiciously like an inferiority complex” (Guy, 2000: 20).

El hecho de que en la Inglaterra de los Tudor el poder residiese por completo en una sola persona vendrá a traer algunas importantes consecuencias. Por un lado, tener todo un sistema que gira en torno a los centros de interés del rey, por otro, la nula representación de cualquier agente que quedase al margen de la Corte, entendida como la vida junto al rey y la alta nobleza, y cuya exclusión suponía una absoluta desgracia debido al despegue inmediato de cualquier tipo de vida pública o política, tal y como sucede en la serie con Margarita Tudor y Charles Brandon tras su matrimonio en secreto. Por último, la centralización del poder en un solo individuo provocaba que quienes llegaran a tener acceso a la persona real, entrasen en un juego de manipulaciones cuyo objetivo era favorecer los intereses propios complaciendo al monarca.

Estas manipulaciones que se producían con frecuencia, también podían hacer caer a otros miembros de la Corte, como vino a suceder en el caso del cardenal Wolsey, que si bien pasó casi veinte años en la primera línea de servicio de Enrique VIII, no dejó de ganarse un número cuantioso de enemigos, que intentaron encontrar constantemente el momento preciso para hablar al rey en su contra y obtener el gran poder que el cardenal ostentaba desde hacía dos

décadas: “While Wolsey was the sole interpreter of the king’s will things were in the hands of a man whose capacity for business was almost unlimited, and his personal supervision might be depended upon to control the governmental system in the way that Henry VII had done”(Newton, 1917: 369).

Estas intrigas palaciegas serán comunes en las casas monárquicas europeas durante algunos siglos más, y verán subir y caer a algunas de las figuras históricas de mayor relevancia en la historia de occidente.

Thomas Cromwell, que sustituirá a Wolsey como hombre de confianza del rey, tras un breve período en el que Tomás Moro se encargará de los asuntos del monarca hasta su propia muerte por decapitación, será en cierta medida verdugo y víctima de estas intrigas, que lo llevarán al mismo destino que su antecesor en el cargo.

La política religiosa desarrollada por Cromwell, y sólo conocida hasta cierto punto por el propio monarca, terminará siendo el detonante de su caída, ya que olvidando por completo la máxima que había seguido siempre con anterioridad y que pasaba por no llevar la contraria ni descontentar al rey, fuerza un matrimonio en interés de la religión protestante luterana, que él mismo practica, con Anna de Cleves, un matrimonio que desagrada por completo a Enrique VIII y que coloca a Cromwell en el punto de mira de quienes permanecían a la espera para ver su caída en desgracia.

Por otro lado, el propio Enrique VIII nunca había tenido intención de realizar una reforma en materia religiosa y no acepta la mayoría de las nuevas formas luteranas, tal y cómo el propio Thomas Cromwell afirma en la serie, cuando indica que Enrique nunca dejó de ser un ferviente católico que se había visto abocado a aceptar el protestantismo por no poder aceptar que nadie, ni siquiera el Papa, le dijese que debía hacer y cuál era el comportamiento adecuado en cualquier situación. Es precisamente por esta tendencia católica del monarca, por lo que la nueva religión terminará siendo una especie de amalgama de ideas, que intentaba aunar las preferencias personales del rey y su propia necesidad por adaptar la fe al nuevo reino que debía componer y que se resentía terriblemente de algunas de las medidas más violentas tomadas contra sus edificios religiosos. Para alcanzar tal fin, el rey no dudó en utilizar un nuevo recurso que se había convertido en la herramienta básica de difusión de las nuevas tendencias religiosas, la imprenta, y que en *Los Tudors* apenas aparece durante unos minutos maravillando a un Cromwell que ve en aquella máquina el camino a la ‘liberación’ del pueblo de Inglaterra:

Henry VIII usa de médias qui se diversifiaient dans un monde où l’essor de l’imprimerie facilitait la circulation de l’image et du texte. Les monnaies, les sceaux, les médailles, les drapeaux, les portraits et les gravures ou encore les différents palais royaux rendirent l’autorité du roi plus présente dans son royaume (Lebecq, 2007:352).

Este nuevo sistema de propaganda basado en la imprenta, se complementará con

representaciones teatrales que terminarán especializándose en denigrar la imagen del Papado, como bien indica el propio Cromwell, responsable en gran medida de la proliferación de estas obras, y es completamente consciente de la importancia de dar al pueblo una imagen negativa de Roma: “It was Cromwell, not Henry, who directed the course of the propaganda campaigns” (Elton según Sowerby, 2010:41).

La caída en desgracia de Cromwell dejará vía libre, para plantearse una campaña armada, a un rey mucho más cansado, que anhela la vitalidad de la juventud y que sufre enormemente debido a la herida infectada de su pierna que debe ser drenada cada poco tiempo. Es en este momento cuando *Los Tudors* cobra una mayor profundidad, permitiendo por fin a la producción dedicarse con mayor entusiasmo al seguimiento político de un Enrique VIII que comienza a plantearse también la relación de Inglaterra con Escocia y con los condados irlandeses, reacios a las que habían sido algunas de las políticas fundamentales del gobierno de Enrique Tudor.

Los años 1540, supondrán por tanto una vuelta a la guerra exterior que centrará su preocupación en la victoria militar mientras vive el desencanto por las infidelidades de su quinta esposa, la joven Catalina Howard y la única alegría de un hijo varón, nacido del matrimonio del rey con Jane Seymour, que parecía crecer con un buen estado de salud.

Las políticas de Enrique Tudor cambiará por tanto hacía una actitud mucho más agresiva en un intento de recuperar todo aquello que el rey había siempre admirado en un monarca y que el propio Enrique VIII estaba convencido que hacía grande a un soberano, es decir, la conquista de territorios. Esta idea que rondará la cabeza del rey, queda perfectamente reflejado en la producción de Showtime, que embellece la imagen de un hombre que siente los años pero que sigue siendo consciente del papel que ocupa en el mundo.

Por otra parte, y dejando al margen de pequeños detalles que son mostrados al espectador de *Los Tudors* de manera errónea, cómo el título de “rey de Irlanda” con el que el propio Jonathan Rhys Meyer se llama a sí mismo diez años antes de que dicha disposición fuese adoptada o la ya citada muerte trágica del cardenal Wolsey bajo su propia mano, el Enrique VIII crudo, déspota y seductor, que Rhys Meyer lleva con gran agilidad, se mueve, gracias a un criterio de calidad estilística y de guión, en un equilibrio satisfactorio entre ficción y realidad, basado en una preocupación constante por no alejarse en exceso de los hechos que tuvieron lugar realmente en el decimosexto siglo inglés.

Si bien el eje temático central en la serie, gira por tanto en torno a la vida amorosa del monarca y la importancia que ésta tendrá en las relaciones internacionales del país durante las primeras temporadas, progresivamente va enfocándose hacía las relaciones internacionales del momento, tratadas con frecuencia con enorme dureza, aunque siempre bajo las pautas del ideal actual de belleza. La evolución de la trama en *Los Tudors* y el escaso hincapié que se otorga a algunas de las políticas de mayor calado e importancia en la Inglaterra del siglo XVI durante las

primeras temporadas de la serie, termina resultando básico para una comprensión global de los acontecimientos que marcaron el futuro de Inglaterra, y que si bien aparecen *a priori* desligadas de la trama amorosa de cualquiera de las reinas del rey Tudor, termina siendo evidente la conexión de los cambios realizados por Enrique VIII en su vida personal con los realizados en sus relaciones a nivel político.

Uno de los casos importantes que son escasamente tratados en *Los Tudors* es la unión entre Inglaterra y Gales, que planteada por Cromwell, fue llevada a cabo legalmente por el Parlamento en 1536 y 1543 y tuvo importantes consecuencias, entre ellas, la pérdida prácticamente completa de la lengua y las costumbres galesas, completamente influenciadas por la nueva lengua impuesta, el inglés.

El posicionamiento respecto a Irlanda y las políticas de Enrique VIII en relación a la isla vecina, aparecen tratadas del mismo modo con ligereza, a pesar de la importancia crucial que tendrían en las relaciones entre ambos países en los siglos venideros. Si bien es cierto que las decisiones del Parlamento inglés se aplicaban en Irlanda desde el gobierno de Enrique VII, no es hasta 1534 y debido a la introducción de la Reforma, cuando comienzan las revueltas rebeldes en contra de la nueva política inglesa, y que culminará con el ya citado cambio de título del monarca Tudor, que pasará de ser “señor de Irlanda” a llamarse “rey de Irlanda”, como consecuencia a la desobediencia de sus súbditos, y dará pie, en términos ideológicos, a la concepción del nacionalismo irlandés, promovido por continuos movimientos liderados por jefes insurgentes contra el gobierno de Inglaterra.

Por otra parte, una de las piezas clave en la política de Enrique VIII, el deseo de controlar Escocia, apenas se presenta durante la trama de la serie de Showtime, que sólo alude de pasada a la preocupación del monarca inglés por el país gobernado por el hijo de su hermana Margarita, Jacobo V. La cuarta temporada de la ficción, que junto a la tercera se aleja en cierto modo de la vida sentimental del rey para afrontar las consecuencias políticas de las acciones llevadas a cabo por el monarca, se aproxima con bastante exactitud al enfrentamiento con Escocia tras la ruptura total de los lazos entre ambos países, detonada por la muerte de Margarita y el deseo de Jacobo V de alejarse del gobierno reformista de su tío. Esta guerra, que comenzará en 1541, verá su fin en 1542 con la victoria inglesa sobre las tropas escocesas, y la muerte de Jacobo en el mismo año, tras conocer que su único descendiente vivo era una mujer.

La importancia real que la muerte del sobrino de Enrique Tudor tendría para la época, así como el nacimiento de la que se convertiría en un personaje fundamental del período Isabelino, María Estuardo, se trata en la serie con premura pero con agilidad, mientras un Enrique VIII, que ya ha comenzado su decadencia, bromea junto a sus “Gracias” acerca del único heredero de Jacobo V y de su propia muerte. El anuncio jocosos de la alianza matrimonial entre el heredero al trono inglés, el futuro Eduardo VI, y la princesa escocesa, María, no deja de reflejar la ironía de los que terminarán siendo los verdaderos acontecimientos históricos, la muerte prematura de Eduardo y

la sucesión al propio trono de los Tudor, tras un breve reinado de la hija de Catalina, de la menor de las hijas de Enrique VIII, Isabel, llamada a jugar uno de los papeles más importantes en la historia de Inglaterra, a pesar de la falta de confianza inicial del pueblo en su condición de mujer.

Por otra parte, el fin del conflicto escocés dará paso a la lucha contra Francia, largamente ansiada por un Enrique que cambiaba con frecuencia sus alianzas. Este conflicto, que supondrá para el rey una nueva forma de resucitar la juventud que conocía perdida, será tratado en *Los Tudors* con mayor atención, ofreciendo una visión acortada pero realista del devenir de los acontecimientos que marcarían la difícil conquista de la ciudad de Boulogne y su obligada devolución a Francia ocho años más tarde, tras la traición del emperador Carlos I al monarca inglés al firmar a sus espaldas la paz con Francia. El desastre financiero que supuso el hostigamiento y asedio de la ciudad para las tropas inglesas, así como la humillación de la devolución a plazo determinado de la conquista, merman las fuerzas de un ya envejecido Enrique, que a pesar de sus expresiones y su cabello blanco, no deja de aparecer en *Los Tudors* como un hombre apuesto, alejado completamente, en su representación idílica para la ficción, de la obesidad y el verdadero aspecto del auténtico rey de Inglaterra.

*Los Tudors* de Showtime trata con fluidez y soltura uno de los reinados más controvertidos de la historia de Inglaterra y del continente europeo. La vida de un Enrique VIII idealizado a nivel estético, mucho más cercano al ideal de belleza actual que a las verdaderas características de su fisionomía y de las propias preferencias de la época, pero tratado en profundidad y sin demasiadas concesiones en cuanto a su carácter y a las decisiones que conformaron su reinado, componen un retrato crudo que induce en innumerables ocasiones al disgusto personal en contra del protagonista de la historia, y en otros momentos, a la incomprensión total de sus decisiones a nivel personal y político, apenas aclaradas por el conocimiento que pueda llegar a tenerse del período histórico y el carácter que determinó las monarquías renacentistas.

El interés inacabable a través de los siglos por la figura Enrique VIII, responde precisamente a ese carácter imprevisible del monarca en el contexto en el que apareció, y que llevó a un hombre convencido de su poder, en un sentido egoísta y magnánimo, a cambiar completamente el país que regía por una mezcla de argumentos en los que predominaba un enorme interés por satisfacer el deseo que provocaban en él mujeres como Ana Bolena.

La volubilidad de los monarcas absolutos europeos ha sido objeto de estudio en incontables ocasiones, pero es acaso en la persona del Enrique VIII de *Los Tudors* en quien más presente se hace, al capacitarlo para ordenar una ejecución y llorar al mismo tiempo suplicando para sí mismo que no se llevase a cabo. Este tipo de comportamiento, que en la serie se convierte en un rasgo más de los que diferencian una personalidad inacabada por un exceso de privilegios, como es la del rey inglés, resultan un auténtico regalo al espectador, que alcanza a conocer, a despreciar y a sentir compasión al mismo tiempo, por un personaje histórico que agregaba o se desprendía de los afectos con una facilidad sorprendente, dañando incluso a los seres nacidos

de su propia estirpe, las princesas María Tudor e Isabel Tudor, que más tarde se convertirían en reinas de Inglaterra y serían las últimas descendientes de una dinastía comenzada por su abuelo. Esta volubilidad del monarca inglés se convierte muy especialmente en una obra maestra a manos de Michael Hirst en la escena que cierra la segunda temporada de la serie, y en la que un inspirado Jonathan Rhys Meyer come sin moderación uno de los cisnes que nadaban previamente en el lago del palacio.

Enrique VIII, al igual que su hija Isabel I, pasarán a ser en el imaginario colectivo, dos de los reyes más influyentes de toda la historia británica, y a nivel particular, dos de las vidas más interesantes a retratar y con un mayor número de matizaciones a realizar, pero sin duda también, dos de las figuras de mayor calado en la historia europea e internacional, tal y como el propio Enrique VIII deseaba. *Los Tudors*, relata todo un período de enormes cambios bajo el gobierno de uno de los principales miembros de la realeza inglesa, que favoreció y potenció un giro completo en la política del país respecto al siglo anterior y se convirtió en una de las figura clave del comienzo de la era moderna en una nueva Europa insuflada por el humanismo.

### Referencias Bibliográficas

Arnold, Jonathan (2007): *Dean John Colet of St. Paul's*. Londres, I. B. Tauris

Black, Jeremy (2003): *A History of the British Isles*. Nueva York, Palgrave Macmillan

Cascajosa Virino, Concepción Carmen (2006): “No es televisión, es HBO: La búsqueda de la diferencia como indicador de calidad en los dramas del canal HBO”, en *Zer*, nº 21, pp. 23-33

Guy, John (2000): *The Tudors: A Very Short Introduction*. Oxford, Oxford University Press

Jiménez Sureda, Montserrat (2003): “La Inglaterra de los Tudor”, en *Manuscrits*, nº 21, pp. 195-210

Kearney, Hugh (2006): *The British Isles*. Cambridge, Cambridge University Press

Lanero Fernández, Juan (2009): “Pretextos y contextos olvidados: Arte, ciencia y técnica en algunos tratados contables de la Inglaterra Tudor”, en *Pecunia*, nº 8, pp. 149-181

Lebecq, Stéphane (2007): *Histoire des Îles Britanniques*. Paris, Quadrige Manuels/PUF

Morris, T. A. (1999): *Tudor Government*. Londres, Routledge

Nielsen, Tober Hviid (1986): “The State, the Market and teh Individual. Politics,

Economy ande the Idea of Man in the Works of Thomas Hobbes, Adam Smith and in Renaissance Humanism”, en *Acta Sociologica*, nº 29, pp. 283-302

PREVIOUSLY ON

Rosman, Doreen (1996): *From Catholic to Protestant: Religion and the People in Tudor England*. Londres, UCL Press

Ryrie, Alec (2008): *The Sorcerer's Tale*. Oxford, Oxford University Press

Sowerb, Tracey A. (2010): *Renaissance and Reform in Tudor England*. Oxford, Oxford University Press

Stater, Victor (2002): *The Political History of Tudor and Stuart England*. Londres, Routledge